

## **LA CIENCIA EN LAS RELACIONES DE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS<sup>1</sup>**

**Sergio Jorge Pastrana**

El pasado mes, por primera vez después de más de medio siglo de distanciamiento, los presidentes de Cuba y los Estados Unidos se sentaron a conversar en Panamá, en ocasión de la Cumbre de las Américas. Este paso verdaderamente simbólico del camino ya acordado hacia el restablecimiento de relaciones diplomáticas ha creado expectativas en círculos científicos. No obstante, esos impactos dependerán de cómo, tanto los decisores como los investigadores, decidan aprovechar esta largamente esperada oportunidad.

De hecho, a pesar de diferencias políticas, los dos países comparten una historia de buen trabajo conjunto en las ciencias. Esas relaciones datan de la mitad del siglo XIX, cuando los fundadores de instituciones de investigación en ambas capitales (Felipe Poey en la Habana y Joseph Henry en Washington, DC.) comenzaron intercambios de cartas, literatura y ejemplares. Desde esos inicios surgieron muchas relaciones científicas seminales, el clímax de las cuales lo fue la cooperación entre el investigador cubano Carlos Finlay y el médico estadounidense Jesse Lazear. Su trabajo conjunto en 1900 confirmó las tempranas teorías de Finlay de 1881 sobre el mosquito como vector de la fiebre amarilla, y marcó el inicio del control de dicha enfermedad. De forma similar, apenas el pasado año, en respuesta a la epidemia de Ebola en el África Occidental, tanto Cuba como los Estados Unidos fueron convocados como los dos principales proveedores en un esfuerzo de la Organización Mundial de la Salud para contener la diseminación exponencial del inicio de la enfermedad. Una vez más ambos demostraron cuanto estas dos naciones pueden lograr trabajando lado a lado por el bien común.

Sin embargo, la mayor parte de las relaciones científicas del pasado generalmente han sido débiles debido a limitaciones de carácter político. Después de 1959 Cuba y los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas. Tratando de construir un puente sobre el creciente abismo político, los científicos de ambos países firmaron un acuerdo en 1980 entre la Institución Smithsonian de los Estados Unidos y la Academia de Ciencias de Cuba con el fin de cooperar sobre la base de recursos, retos y habilidades compartidos desde siempre. La Academia cubana firmó acuerdos científicos similares con el Jardín Botánico de Nueva York, el Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales y otros centros de investigación y universidades, también con buenos resultados. El pasado año, la Asociación Americana para el Avance de las Ciencias (AAAS, por sus siglas en inglés) y la Academia de Ciencias de Cuba firmaron un acuerdo enfocado a la investigación biomédica en el cáncer y las neurociencias, y en una fecha más temprana de este año, los dos países discutieron sobre cómo comenzar a trabajar para proteger el medio ambiente marino que comparten – apenas 90 millas de océano, donde entre

---

<sup>1</sup> Editorial de la Revista Science en la edición del 15 de mayo de 2015.

otros retos científicos, muy recientemente ambos enfrentaron la catástrofe de la plataforma Deepwater Horizon.

No podemos desaprovechar las oportunidades científicas en el lanzamiento de una nueva era de relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. El cultivo de verdaderas relaciones científicas no sólo requerirá levantar las actuales limitaciones del bloqueo, porque inclusive en ese caso, lo más sencillo para Estados Unidos sería repetir el pasado y apenas considerar a Cuba otro mercado cercano de plantaciones e industrias mineras, y un destino turístico privilegiado como sucedió a principios del siglo XX. Los científicos, ingenieros y técnicos cubanos, junto con empresarios y recursos de los Estados Unidos pueden promover el progreso científico en ambos países y en muchas otras partes. Por ejemplo hay una creciente necesidad global de identificar y manejar las amenazas de las enfermedades infecciosas emergentes: ambas naciones deben estar en libertad de compartir datos y conocimientos para mejorar el monitoreo y la prevención; los científicos del clima deben beneficiarse de compartir sus experiencias y tecnologías en la ciencia de los huracanes y el manejo de los desastres, así como en la evaluación del impacto del cambio climático y las necesarias adaptaciones para mitigar sus consecuencias.

En ambas sociedades hay incertidumbre sobre este nuevo camino hacia el futuro, dada la larga historia de confrontaciones y desconfianza. Muchos aspectos de las relaciones requerirán de asiduas negociaciones para construir el consenso. No obstante, la ciencia sigue siendo un medio para demostrar cómo avanzar hacia el éxito. Los científicos pueden lograr resultados cada vez más importantes que impacten inclusive más allá de sus fronteras si apenas los decisores pueden garantizarles las condiciones en sus respectivos países para una colaboración plena. Utilizar a la ciencia como un ejemplo de cómo ambos pueden avanzar hacia el éxito demostrará cuanto se puede lograr a pesar de las diferencias existentes. Ello incluye eliminar impedimentos en los visados y propiciar el intercambio irrestricto de datos, recursos y conocimientos. Estas acciones serían un seguro primer paso en la creación de sólidos cimientos para la diplomacia que tenemos que construir desde cero entre Cuba y los Estados Unidos.

## SCIENCE IN US – CUBA RELATIONS

Last month, after more than half a century of estrangement, the presidents of Cuba and the United States sat together for talks in Panama at the Summit of the Americas. This truly symbolic step in the already agreed-upon path toward restoring diplomatic ties has increased expectations in scientific circles. However, any impact will depend on what policy-makers and researchers make of this long-awaited opportunity.

Indeed, in spite of political differences, the two countries share a history of working well together in science. This relationship extends back to the mid-19th century, when the founders of national research institutions in both capitals (Felipe Poey in Havana and Joseph Henry in Washington) began exchanging letters, literature, and specimens. From that correspondence sprang many seminal scientific interactions, including the groundbreaking work of Cuban researcher Carlos Finlay and U.S. physician Jesse Lazear. Their partnership in 1900 confirmed Finlay's earlier theories about mosquitoes as the vector for yellow fever and turned the tide in controlling that disease. Likewise, just last year, in response to the Ebola epidemic in West Africa, both nations were engaged as the two main providers for a World Health Organization effort to contain the exponential initial spread of the disease. Once again, their partnership demonstrated what Cuba and the United States can achieve by working side by side for the common good.

And yet, most of the past scientific interactions between them have been feeble because of political limitations. After 1959, diplomatic links between Cuba and the United States were severed. In trying to bridge the divide, scientists in both countries restarted links with a 1980 agreement between the U.S. Smithsonian Institution and the Cuban Academy of Sciences to build on past shared resources, challenges, and abilities. Similar scientific agreements followed in the 1990s between the Cuban Academy and the New York Botanical Garden, Social Sciences Research Council, and other centers and universities. Last year, the American Association for the Advancement of Science (AAAS) and the Cuban Academy agreed to jointly focus on biomedical research in cancer, infectious diseases, drug resistance, and neurosciences, and earlier this year, the two countries discussed how to start working together to protect the marine environment between them—a mere 90 miles of ocean, where among other shared scientific challenges, both faced the Deepwater Horizon catastrophe.

We cannot squander scientific opportunities if a new era in U.S.-Cuban relations is launched. But to cultivate true scientific relations requires more than just lifting existing embargo limitations. It would be easy for the United States to simply repeat the past and just consider Cuba as another close market of plantations, mining industries, and tourism, as was the case during the early 20th century. Cuban scientists, engineers, and educators, together with U.S. entrepreneurship and resources, must promote scientific collaboration between them and with other nations. For example, there is great global need to identify and handle emerging infectious disease threats. Both nations should be free to share data and knowledge to improve global monitoring and prevention. Climate scientists in Cuba and the United States should share their expertise and technologies in hurricane science and disaster management, as well as in the evaluation of the impact of climate change and the adaptations needed to

mitigate its effects. In both societies, there are uncertainties about this new path to the future, given the long history of confrontation and distrust. Many aspects of the relationship require lengthy negotiations to build consensus. However, science continues to be a means to show how to proceed to success. Cuban and U.S. scientists can achieve important results that have impact beyond their own countries' borders only if policy-makers can ensure conditions in each country that support robust collaboration. That includes removing visa obstacles and allowing unobstructed sharing of data, resources, and knowledge. Such actions would be a first strong step in creating a solid foundation for the diplomacy that has to be built anew between Cuba and the United States.

**Autor:**

**Lic. Sergio de J. Jorge Pastrana**

Secretario de Relaciones Exteriores

Académico Titular

Academia de Ciencias de Cuba

Investigador Auxiliar

Email: [pastrana@ceniai.inf.cu](mailto:pastrana@ceniai.inf.cu)

*Presentado: 22 de mayo de 2015*

*Aprobado para publicación: 29 de junio de 2015*